

to, hubiera sabido que su peligroso compañero se repetía sin cesar:

—Este mocito sabe demasiado.

Chavarux bajó hacia los boulevares.

El barón se dirigió lentamente hacia la Avenida de Víctor Hugo.

Iba á casa de Olimpia Audral.

La necesitaba para la ejecución de un plan rápidamente concebido.

Y marchando con el paso del hombre que va pensando, se rió maliciosamente diciendo

—Esa Olimpia va á considerarse feliz al volver á ver el teatro de sus primeras hazañas. ¡Qué bien dice el proverbio! «¡Es bueno tener amigos aunque sea en el infierno!»

## XXVI

### En los bajos fondos.

El simón atravesó la plaza de la Estrella y siguió la avenida de Wagan en toda su extensión; después subió el boulevard Pereire, la calle Cardinet, y llegó á la avenida de Clichy. Allí cambió el espectáculo. De los barrios del lujo entraba en los de la medianía.

No debía tardar en encontrarse en el barrio de la miseria.

Se metió por un dédalo de callejuelas, cortadas por infinidad de solares, para pararse, por fin, delante de una casa de mala apariencia, á dos pasos del ferrocarril de circunvalación.

Pocas luces alumbraban los balcones de los pisos superiores.

La planta baja, por el contrario, estaba muy iluminada.

El barón Máximo se inclinó al oído de su compañera, y dijo:

—¿Has comprendido?

—Sí.

—Ese imbécil conoce mis secretos... Me ha amenazado... Quiere dinero... Una suma considerable... Todo va mal para nosotros... No lo tengo para dárselo...

—Bueno.

El cochero preguntó con voz ronca:

—¿Es preciso esperaros, burgués?

—Sí.

—Es que no es muy bueno estarse aquí.

—Yo me quedo con vos. No temáis nada.

—¿Estaremos mucho tiempo?

Olimpia fué la que contestó:

—Veinte minutos. Media hora lo más.

Entró sola en la taberna, mejor dicho, en el tabuco que tenía delante de ella.

El barón paseó un momento por delante de la casa, después montó en el coche, se encerró en él y esperó.

El cochero colocó el coche al otro lado de la calle, cerca de un vallado cubierto de anuncios, y murmuró:

—¡Cochino barrio! No me haría gracia pasar por aquí á cosa de las dos de la mañana.

Miró con cierta inquietud á su alrededor. En todo lo que podía alcanzar su vista no distinguió ni uno de esos agentes de Seguridad, á quienes los rateros y gentes de mal vivir llaman *caracoles de acera*.

—¿Qué será lo que irá á hacer ahí dentro la señora?—se preguntó el cochero.

Era bastante extraordinario, en efecto.

La planta baja de aquel tugurio, á pesar de su profusión de luces, tenía todas las apariencias de un buchinche de la peor especie.

Desde fuera no se distinguía más que algunas sombras, que se agitaban vagamente en la claridad del interior, pues los cristales estaban empañados por la atmósfera pesada é irrespirable que invadía el local.

Sin embargo, debajo de un mechero de gas, que ardía al aire libre sin globo que le protegiera, el cochero leyó esta inscripción, impresa con sangre de buey, sobre una tabla:

#### EL CÁNTARO ROTO

Esta era la muestra del establecimiento.

El pobre hombre, un viejo de cara bonachona, se estremeció.

Instintivamente volvió á dirigir la vista á lo largo de la calle, y descubrió la tranquilizadora silueta de un municipal.

El sitio tenía mala fama y aquel nombre no le era desconocido al automedonte.

Era, en efecto, un célebre punto de reunión de deudores de la justicia, de mujeres de vida alegre; en una palabra, de bandidos, rateros y timadores de la peor especie.

El cochero se preguntó de nuevo.

—¿Qué va á hacer esa señora en esta ladronera y por qué su compañero no la acompaña?

Trató de encontrar la clave del enigmá; pero en vano.

Después, como estaba muy acostumbrado á ver de todo y los asuntos de los demás, no le

importaban se encogió de hombros y dijo con indiferencia.

—Con tal que me paguen y me den buena propina. Solo que á pesar de la indiferencia que demostraba hubiera querido estar lejos de allí.

La bella Olimpia se encontraba perfectamente tranquila. Había operado su entrada con paso majestuoso.

Su aparición produjo un verdadero golpe teatral.

Todas las cabezas se levantaron, aun las que estaban dominadas por el aguardiente, embrutecidas por la embriaguez.

En aquella guarida había de todo, hombres de diez y seis á cincuenta años y de más.

Muchachas muy jóvenes ó de edad madura y algunas viejas en cuya mano hubiera sentado bien el gancho de trapero.

Las había sucias, inmundas que no se las hubiera podido coger ni con pinzas, muy desaliñadas, con caras repugnantes, verdaderas brujas; las había elegantes al estilo de los boulevares exteriores, sin nada á la cabeza, con trajes chillones, corpiños entreabiertos, algunas, casi distinguidas, con sombrero, que parecían costureras ó señoritas de almacén.

Era una mezcla extraña, extravagante é inverosímil.

La parte de los hombres era más siniestra que la de las mujeres.

Había tipos de matones, y sobre todo repugnantes.

¡Y triste es decirlo!

Era la juventud la que más asustaba.

Caras pálidas, ojos verdes, medio apagados,

quemados por el fuego de todos los vicios, pretenciosamente burlones; cabezas de viejo sobre cuerpos de niños sin barba, como si el terreno hubiese estado demasiado seco y demasiado cansado para que nada prosperase en él; bocas anchas, mal guarnecidas, en donde parecía estar clavado el eterno cigarro, pagado por la prostitución; chaquetas que oprimían pechos estrechos; pantalones admirables, demasiado anchos para piernas tan delgadas ó demasiado largos para piernas tan cortas; sombreros blandos ó gorras puntiagudas, dejando ver los tufos reglamentarios.

La bella Olimpia conocía bien aquella sociedad.

¡Qué de noches había pasado allí antes de encontrar al barón Máximo!

Hacía mucho tiempo.

Después casi la habían olvidado.

No todo el mundo.

Una especie de rugido, de fiera que ve aproximarse una presa á su jaula, la acogió.

—¡Una duquesa!—decían los unos.

—¡Una millonaria!—decían otros,—y, sobre todo, muy elegante.

En efecto, Olimpia iba admirablemente puesta, toda de negro.

Por coquetería, para ir á aquel barrio, donde había vivido veinte años. Donde se había criado al lado de su madre, portera de una miserable casa, había querido aparecer en todo su esplendor.

Su cuello, de una blancura de mármol, cuya dureza parecía tener, salía de su corpiño y dejaba al descubierto el nacimiento de la garganta.

Su falda de crespón moldeaba sus bien formadas caderas.

Su sombrero á la Rembrandt sentaba perfectamente á su belleza atrayente y espléndida.

En suma: no se miraba más que á ella en aquella asamblea triste y numerosa.

Era como la luz que brilla en medio de las tinieblas.

Los hombres rechinaban los dientes de envidia.

A pesar de su actitud cobarde y vacilante, se sentía que todos aquellos dedos de largas uñas, encorvadas como garras, se agitaban dominados por la fiebre del deseo, y que al extremo de aquellas manos había un cuchillo dispuesto á herir.

Olimpia ni aun casi los veía.

Apenas si les había dirigido una mirada de desprecio, diciéndose:

—La raza ha degenerado desde que yo falto de aquí.

Paseó una mirada por aquella sala inmunda, infestada por los olores de las pipas y el alcohol quemado, buscando una mesa que estuviera libre.

Un hombre rechoncho, de enorme vientre, de brazos desnudos hasta el codo, velludos como las patas de un oso ó la cerviz de un toro, de anchos hombros, se acercó á ella, y todos los concurrentes pudieron oír la sonora voz de la hermosa Olimpia, que le dijo:

—¿Cómo estás, Emilio?

Aquel hombre era el dueño del establecimiento.

Hubo un momento de estupor; pero aquel estupor se cambió en gran admiración cuan-

do oyeron que la hermosa joven añadía:

—Y bien, ¿no me besas? ¡Te has hecho muy tímido! ¿No conoces ya á las amigas?

Le presentó la frente, y como él vacilase, añadió:

—¡Besa... te lo permito... no te cortes!...

—¡Olimpia—exclamó el patrón,—á fe mía que no te conocía! ¡No es que estés más guapa! eso no puede ser!

—Solo que estoy mejor vestida.

—¡Ya lo creo!...

No se hizo rogar más. La dió un beso en cada mejilla, y de un extremo al otro de la sala se sintió un murmullo de aprobación.

Emilio se apresuró á conducir á su cliente á una mesa de mármol negro, que limpió con cuidado.

Olimpia le dijo algunas palabras, y en seguida gritó con voz estentórea:

—Esta señora ofrece una convidada á la concurrencia. Pedid; se os va á servir.

*El Cántaro Roto* no era un establecimiento de poca importancia. No solo ocupaba dos salas enormes, sino que tenía además subterráneos.

Allí bullía todo un mundo. Entre la planta baja y el subsuelo no había menos de un ciento de personas de ambos sexos en el momento en que la bella Olimpia entró.

Eran cerca de las once. En lo alto de la escalera que conducía al subterráneo aparecieron una porción de cabezas.

—¿Y á nosotros?—preguntaron algunos.

La noticia del rasgo de generosidad de la incógnita había corrido con rapidez por toda la casa.

—A todos, á todos—contestó Olimpia.

La vitorearon.

Cobra—dijo Olimpia echando cinco luisas sobre la mesa de mármol—y da el resto á quien quieras.

El patrón recogió el dinero, y sentándose al lado de su antigua cliente, la preguntó:

—A algo vienes tú aquí.

—Seguramente.

Dirigió una mirada á un reloj que estaba colocado cerca del techo.

—Las once y veinte—dijo.—No te aconsejo que estés más tiempo.

—¿Por qué?

—No necesito decir más; ya me comprendes, ¿No es eso?

Olimpia, acercándose más á él, le dijo al oído:

—¿Va á haber invasión?

—Me lo temo.

Y añadió en voz baja:

—Y, además, tú no estás segura aquí. Han visto que tienes dinero, y aquí hay gente capaz de todo.

Guiñando un ojo, indicó dos jóvenes, dos criaturas casi, que hablaban en voz baja.

—Esos son los peores—dijo.—Son capaces de pegar una puñalada á cualquiera por cinco francos, y á veces por menos.

—¿Y están libres?

—Hasta nueva orden. Estos escapan siempre... Tienen todos los vicios.

Los dos adolescentes devoraban á Olimpia con la vista.

El patrón no les perdía de vista.

—Mejor hubiera sido—añadió—que el padre les hubiese cogido por la piel del pescuezo, co-

mo se hace con los gatos, para echarlos al canal de San Martín, que criarlos con biberón. Estoy seguro de que tienen ya más de una muerte sobre su conciencia.

Olimpia se iba sintiendo mal allí.

Había perdido ya la costumbre de respirar aquella atmósfera.

Principiaba á cansarse.

Preguntó resueltamente:

—¿Está ahí Tony?

—Sí.

—Quiero verle.

—¿Para qué?

—Eso es cuestión mía.

—Como quieras, pero te servirá para poca cosa.

—¿Por qué?

—Debe estar roncando sobre una de las banquetas de abajo.

—¿Borracho perdido?

—Es probable.

—¿Crees tú?

—Así está siempre desde que tú le dejaste. Si puede tenerse en pie, será un milagro.

El patrón añadió con acento de piedad:

—Es una lástima. Es un buen chico. El pobre diablo no se ha repuesto... Preciso es que tenga una naturaleza de acero para resistir á la vida que hace.

—Sí—dijo Olimpia, que estaba pensativa,— el mejor tipo de Clichy... Un pintor revocador que ganaba diez francos diarios... ¿Pero qué queréis? Le conocí demasiado tarde... Quería casarse conmigo... Le dije que con una mujer como yo no se casa nadie, que podía tomarme por lo que era... Y después se apoderó de

mí la ambición, cuando encontré á otro que no tengo necesidad de nombrar... Tony no ha trabajado desde entonces... Jamás me ha pedido nada... ¿De qué vive? No quiero saberlo, pero lo sospecho. Ha hecho malos conocimientos, lo sé...

Quedó un momento pensativa y añadió:

—¡Dile al oído mi nombre... eso le espavilará... y hazle subir á tu cuarto!... Tengo que hablarle despacio... para nosotros. ¡Anda!

La hermosa Olimpia estaba irresistible.

Emilio llamó á dos mozos, dos colosos, y les ordenó en voz baja:

—Id á buscar á Tony, ya sabéis, el amigo de la pintada de viruelas...

—Bueno, señor.

—Llevadle allí...

É indicó un cuartucho mal alumbrado en el fondo de la segunda sala.

—Si está dormido, le cogéis al hombro.

—Está bien.

Emilio se inclinó sobre los cabellos de la hermosa Olimpia, que se había quitado el sombrero y se mostraba en toda su gloria de mujer en el apogeo de su belleza.

—Ya nos tienes á todos en movimiento—la dijo ¡No es posible negarte nada! ¡Qué mujer!

Había sido la reina del barrio y de «El cántaro roto».

Se separó de Olimpia para ir hacia el mostrador y al pasar al lado de una rubita que tosía, la dió una palmadita en la mejilla con cariño y la preguntó con bondad:

—¿No vas bien?

—¡Oh! no.

—Trabajas demasiado.

—¿Qué quieres que haga?  
—Cuando estés cansada ven aquí á descansar y toma lo que quieras.

Cambiaron una prolongada mirada.

El patrón continuó su marcha y la rubia se levantó para ir á sentarse en una mesa donde había otras dos jóvenes que charlaban con mucha animación.

La querida del barón cuando quedó sola, se entregó á sus reflexiones de las que la vino á sacar un criado que la dijo:

—Ahí está.

—¿Espavilado?

—Casi, casi.

—Voy allá.

Se levantó, y sola atravesó las dos vastas salas de uno á otro extremo con paso tranquilo. Impasible, sonriente, y cuando llegó á la puerta del cuarto del patrón se paró dirigiendo una mirada al interior.

Estaba muy oscuro.

Al principio no distinguió nada; pero se acercó al mechero de gas y dió luz. Entonces vió á un hombre tendido como una masa en el diván grasiento que servía de cama por las noches al dueño de «El cántaro roto».

Se acercó al borracho, le puso la mano sobre el hombro y le llamó cariñosamente.

—¡Tony!

Aquello fué como una resurrección.

El hombre se levantó lentamente, llevó las dos manos á su cabeza, atontada por los vapores del alcohol, echó hacia atrás sus cabellos, espesos aun, pero ya grises, aunque no tenía más que treinta y cinco años, y abriendo los ojos con admiración exclamó.

—¡Olimpia! ¡Tú!

—¡Sí, yo, que vengo á verte, á hablarte!

El contestó replegándose sobre sí mismo, después de aquella primera explosión de alegría:

—¡Preferiría no haber vuelto á verte! Tú eres mi genio malo... Debería aborrecerte, no puedo... ¡En vano he procurado aturdirme, es á tí á quien veo siempre!

Y poniéndose sombrío preguntó:

—¿Qué te trae?... ¿Por qué me buscas?... ¿Qué nuevo daño quieres hacerme?

Había recobrado toda su razón en un momento.

Cogió las manos de la joven, se las estrechó con un cariño mezclado de aversión y en pocas palabras la contó su vida.

Desde que ella se había marchado con aquel ricachón, él estaba loco, loco rematado: pasaba el tiempo en aquel tugurio, donde se encontraba bien.

Tenia su rincón y cuando estaba borracho se dormía y este era el tiempo que pasaba mejor.

Si bebía era por olvidar.

Hubiera querido morir, pero no tenía valor para matarse.

—¿De qué vives?—le preguntó Olimpia.

El desgraciado se puso como una amapola.

—¿Para qué quieres saberlo?—preguntó él.

—¿De qué vivo?... Como todo el mundo... Como todos los bribones que hay aquí, quiero decir.

—¿Tienes una amiga?

—Sí, la picada de viruelas, una pobre muchacha fea, enferma y buena; me sirve de esclava,

y es tan adicta á mí que se haría matar á una señal mía. Después de todo, ¿para qué quiere vivi? ¡Y yo, no gano nada!...

—¿Entonces?

—No me preguntes... Después de todo, ¿qué te importa á ti eso?

—Sin embargo, ¡necesitas dinero!

—¡Lo tengo cuando lo quiero!

—¿Quién te lo dá?

—Se lo quito á los que lo tienen.

Y sulfurándose añadió:

—¡Ah! ¿crees tú que se vive impunemente en esta atmósfera de bandidos...

—Sin embargo, tú...

—Sí. Yo he hecho todo... ¡No tengo nada que envidiar á nadie! He aquí lo que he llegado á ser, gracias á ti.

¡Las lágrimas asomaron á sus ojos!

Hablaron largamente.

Cuando á las doce salió Olimpia del cuarto en que había estado encerrada con Tony, estaba un poco más pálida y su marcha no era tan altiva.

Sus cejas se fruncían en un movimiento involuntario y un temblor se apoderaba de sus dedos, pero hacía todos sus esfuerzos por aparecer tranquila y serena.

Con voz muy firme dijo al dueño del establecimiento, que le interrogaba con los ojos:

—Sí, le he visto.

—¿Y bien?

—Yo quisiera sacarle de la miseria.

—¿Tienes algún medio?

—Tal vez...

—¿Volverás á verle?

—Sí. Yo no le deseo más que el bien.

—¡Pobre muchacho! ¡Sigue amándote!

Olimpia dejó dos luses sobre la mesa para los mozos.

Tony había quedado en la habitación de Emilio; pero desde el ventanillo de la puerta, que estaba cerrada, la devoraba con los ojos.

¿Qué le había propuesto ella y qué la había prometido él?

Cuando Olimpia volvió al coche, el barón la preguntó simplemente:

—¿Está hecho?

—Sí.

¿De qué se trataba?

Ella no dijo más y nada más la preguntaron.

A pesar de los temores que en un principio le habían asaltado, el cochero se había dormido profundamente.

Olimpia le tocó en el brazo para despertarle.

El cochero fustigó al caballo, que salió al trote.

Cuando llegaron á la avenida de Víctor Hugo, Olimpia se apeó del coche, después de haber mediado entre los dos amantes este corto diálogo:

—¿Está convenido todo?

—Todo.

—¿Se puede contar con ese hombre?

—Seré yo quien le dirija.

—Bueno.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Olimpia entró en su casa.

—Es una comisión que me repugna—pen-  
ba;—pero después le desafiaré á que me

abandone. ¡Si algún día se atreviese á hacerlo!

El coche había seguido su marcha.

Pocos minutos después dejaba al barón en la puerta de su hotel.

Saint-Aubin, al entrar en su cuarto, se miró al espejo y retrocedió: estaba casi lívido.

Y, sin embargo, no había hecho más que dar el primer paso en la vía por que la fatalidad le impulsaba.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



